

RAMÍREZ SANTACRUZ, FRANCISCO, MARTÍN OYATA (editores). *El terreno de los días. Homenaje a José Revueltas*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, 2007.

*El terreno de los días* han titulado los editores a este libro, con un acierto tal que, de esta manera, no sólo aluden a la obra predilecta de Revueltas, sino también a su ubicación en el tiempo y el espacio de una realidad que demanda, hoy más que nunca, lectores lúcidos. El conjunto de críticos reunido en este homenaje cuenta con la capacidad suficiente para entregar un trabajo minucioso que abarca gran parte de la creación revueltiana.

Los títulos más celebrados —y los no tanto— se estudian a partir de perspectivas originales que hacen de este volumen una herramienta indispensable para el especialista, a la vez que una amena invitación para el novato. La distribución se ordena en seis categorías: “Mito e historia”; “De la historia y sus mitos”; “El tiempo y el marxismo”; “Espejos y umbrales”; “Los muros de la obra” y “Tres novelas”; el compendio finaliza con “Los muertos vivirán”, muestra de un género al que no estuvo exento Revueltas: el teatro.

En “Los motivos de Revueltas: identidad fracturada y mecanismos de la tortura”, Martín Camps se apropia de *Los motivos de Caín* (1957), considerada por la crítica como “de transición” o “menor”. Camps reflexiona sobre los dispositivos de la tortura que no terminan en el mero suplicio, sino que se prologan en el prisionero después de recuperar la libertad. Una novela marginada de Revueltas le da la clave para polemizar sobre un tema actual.

La narración escrita durante la última detención de Revueltas en Lecumberri, *El apando* (1969), se discute en lecturas enriquecedoras que logran despertar nuevas dudas. El escrito de Philippe Cheron, “Ficción y encierro: algunas modalidades ‘carcelarias’ en la obra literaria de José Revueltas” es una muestra de ello. Este análisis incluye el aparato paratextual, los espacios, las intrigas y el manejo del tiempo, siempre en relación con la cárcel. El encierro “directo o indirecto, metafórico o concreto” (207) está siempre presente y alude al “aprimamiento del ser humano en sus circunstancias fisiológicas, psicológicas, sociales, económicas, históricas” (207). Cheron concluye que “el encierro se manifiesta tanto desde el punto de vista del enunciado como de la enunciación, cuya concordancia y correspondencia son ejemplares y logran producir genuinas obras de arte” (223). Noé Blancas en “*El apando* o la libertad sin esperanza”, teoriza respecto a la animalización humana que logra sumergir al lector “en su condición de hombre o prisionero o mono aterrado y universal” (282). Finalmente, Rodrigo García de la Sienra en “*El apando*: las figuras de una ontología carcelaria”, llama la atención sobre la “geometría enajenada” que

presenta Revueltas y que logra la "máxima eficacia simbólica en un mínimo de espacio narrativo" (313).

Las aportaciones de tres grandes revueltianos, que no podían faltar a la cita, demuestran que aún queda mucho por decir sobre el autor de *El luto humano* (1943), texto al que recurre Edith Negrín en gran parte de "El agua, la tierra, el hombre... Revueltas nombra". Negrín analiza los cuatro elementos (fuego, aire, agua y tierra) y presenta un mundo donde Revueltas opta por lo terrenal, manifiesto en su compromiso con la historia. La investigadora, quien utiliza conceptos de Gastón Bachelard, se involucra con la materia que aparece en cada página de ese alfarero rojo que, mezclando el agua y la tierra, ha dado vida a creaturas cuyas historias permanecen inamovibles en el terreno de nuestras letras. Por su parte, Álvaro Ruíz Abreu ensaya en "Revueltas, nostalgia por la unidad perdida", un acercamiento a la religiosidad del novelista, a quien Octavio Paz emparentaba con Unamuno por su manera "agónica" de ver la realidad. Para Ruíz Abreu, Revueltas fue "un revolucionario *sui generis*, un alma en busca del otro, con sed de eternidad" (41), y cuyo estilo alucinante "revela a un autor profundamente religioso, en conflicto con Dios y el Universo" (45). El tercer revueltiano es Evodio Escalante quien, en "El asunto de la inversión ideológica en las novelas de José Revueltas", explora la filiación hegeliano-marxista en la escritura de Revueltas, y nos ayuda a comprender situaciones y personajes primordiales. Se observa así un estudioso que conoce a la perfección el tema elegido.

La inquietud política está presente en "José Revueltas: una mirada lúcida que perdura", aquí, Andrea Revueltas hace un repaso de la historia de México con esa "mirada lúcida" que son los ensayos políticos de su padre, quien opinaba que después de los años treinta el país vivió inserto en "un sistema totalizante/totalizador", es decir: "ni en una democracia ni en una dictadura abierta" (106). De esta manera, el poder logra "eliminar la concurrencia política de las clases adversarias" (107). Los escritos políticos de Revueltas, a los que hay que volver con más frecuencia, constituyen una mirada más que lúcida, profética. Otro aspecto poco estudiado de Revueltas es su concepción de la "autonomía universitaria", de ello se ocupa Martín Oyata en "La universidad sin cabeza: José Revueltas contra la autonomía universitaria", reflexión penetrante sobre el valor de la universidad pública en la sociedad y el rol que ésta ocupa en la crítica de Revueltas "al México posrevolucionario" (60), y, por ende, en el movimiento estudiantil del 68.

El escrito de José Manuel Mateo, "La poética de Revueltas: más allá del prólogo a *Los muros de agua*", retoma el prefacio a la segunda edición de *Los muros de agua* (1941) para sostener una discusión acerca de la concepción estética que allí se esboza. Mateo indaga sobre esta teoría en toda la narrativa de Revueltas. En "Violencia, pueblo indígena y nación: *El luto humano* de José

Revueltas y la tradición de la novela en México”, Max Parra sostiene que en *El luto humano* hay “una doble visión de la historia: la nacional y la universal” (88), ambas características logran alejar al autor de la tradición anterior y encaminarlo por derroteros muy distintos. Respecto a *Los días terrenales* (1949), Florence Olivier recuerda, en “Extravíos novelescos y justificaciones teóricas de un realista marxista”, la polémica suscitada entre Enrique Ramírez y Ramírez y José Revueltas, y considera la narrativa revueltiana a la luz de los supuestos “extravíos” de los que se le acusó en su momento.

Las palabras de Frank Loveland en “El último Revueltas: el margen como totalidad” son las más acertadas para introducir los comentarios a *Los errores* (1964). Loveland interpreta la voz narrativa desde *Los muros de agua* hasta *El apando*, otorgándole un lugar privilegiado a la publicación del 64, a partir de la cual la producción literaria de Revueltas “siguió otros caminos” (202). En “Marxismo y melodrama: reflexiones sobre *Los errores* de José Revueltas”, Bruno Bosteels se apoya en el folletín y el melodrama para unir la historia del hampa con la política; mientras que Ignacio Sánchez Prado profundiza sobre la transformación literaria de conceptos teóricos marxistas en “‘Bienaventurados los marginados porque ellos recibirán la redención’: José Revueltas y el vaciamiento literario del marxismo”. El ensayista conceptúa *Los errores* dentro de una “trama carnavalesca” —en este aspecto me permito disentir con él, pues no veo, en las vidas sórdidas de los personajes del hampa, nada de carnavalesco; se trata de existencias trágicas, condenadas a vivir en un subsuelo eterno (las palabras finales de Lucrecia son la mejor prueba de ello)—. Sánchez Prado se refiere a *Los errores* “en su profunda incapacidad de imaginar una alternativa revolucionaria más allá del carnaval del estalinismo” (167); sobre esta afirmación también discrepo, pues el mayor aporte de *Los errores* es su capacidad de imaginar una alternativa literaria que revolucionó las formas. El mismo Sánchez Prado escribe que Revueltas es quien “introduce las transformaciones más significativas e influyentes en la literatura de medio siglo” (163). Finalmente, el ensayo de Francisco Ramírez Santacruz, “De ratas, rateros y antropofagia inquisitorial: *Los errores*, una historia de horror”, una de las lecturas más agudas sobre esta novela, se detiene en el capítulo XIII de la misma. Ramírez Santacruz examina de manera detallada la significación que tienen, dentro de la trama política, las ratas que atacan a Olegario en su huida de la cárcel. La acertada comparación con “El pozo y el péndulo”, de Poe y con *1984*, de Orwell hacen de este estudio una excelente muestra crítica que el lector agradece.

El broche de oro del volumen es la pieza teatral “Los muertos vivirán”, escrita por Revueltas en 1947 y que permaneció inédita hasta ahora. El título, tomado de una frase de Van Gogh, es una metáfora del drama en tres actos que reúne a los militantes entregados y a los traidores en un final que combina la

ironía y la esperanza. Para terminar, retomo la pregunta inicial de los editores: "¿Cómo evocar a alguien como José Revueltas?". La respuesta la proporciona el libro mismo: con talento, creatividad e inteligencia; ésa es la mejor manera de evocar e invocar a un escritor de la talla de José Revueltas.

SONIA PEÑA

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM